

gunté... Vi á *Chilivistra* arrastrando por los polvorosos ladrillos de la inmensa habitación la cola negra de un vestido como los que usan las damas en la Corte. Me senté á distancia de la Madre en una banqueta de nogal lustroso. Creí advertir que el sofá de antiguo modelo no estaba próximo á la pared, y que por aquel hueco discurrían las figuras descendidas de los cuadros viejos, tomando las negras apariencias de *Doña Gramática* y *Doña Caligrafía*.

Transcurrió un lapso de tiempo, que ignoro si fué de minutos ó de horas. Silvestra se llegó á mí, diciéndome: «Quiero que conozcas á mi segundo acompañante, el bendito Capellán padre Carapucheta.» Ausentóse un momento, y reapareció trayendo de la mano á un sujeto esmirriado y larguirucho, vestido de luenga sotana. ¡Dios, Jehová, Lucifer! El hombre que hacía reverencias frente á mí era el mismísimo Ido del Sagrario. «¿Pero es usted don José—dije ó creí decir yo. Y él, dilatando su boca en larga sonrisa, habló en su habitual estilo: «*Francamente, naturalmente*, señor don Tito, no podía venir á estas tierras sin disfrazarme... Sabrá Vucencia que al llevar á mi hija Rosita, el mes pasado, á la feria de Huete, que es el pueblo de Nicanora, me fué robada en Fuentidueña de Tajo por la partida carlista que manda el cabecilla Santés. Desesperado salí á recuperarla. Dijéronme que su raptor se la llevó á Navarra, y aquí me han dicho que ahora podré encontrarla en tierras de Guadalajara ó de

Cuenca. Ayúdeme usía en mi empresa y Dios le dará el reino de los Cielos.»

Al oír estos desatinos, me llevé las manos á la cabeza creyendo que de ella se me escapaba la razón y todo el sentido de la realidad. Salí de la estancia como alma que lleva el diablo, gritando: «¡Favor, socorro!...» Dando tropezones y metiéndome en diferentes cuartos llegué por fin al mío, donde me encontré frente á un hombre escueto, con chaleco de pana y *zorongo*. Cogiéndole de los brazos le zarandeeé mientras le decía: «¿Qué hace usted aquí?... ¿Quién es usted?... ¿Dónde estoy?»

Turbado me contestó el buen hombre: «Señor, ¿qué le pasa? Soy *El Sargentico*. ¿No me conoce ya?... De aquí salió usted despierto y vuelve dormido.»

XXI

Con solícitos cuidados, mezclando en su lenguaje la expresión seria con la festiva, mi buen espolique se esforzaba en serenarme. Hízome tender en la cama, y sentado junto á mí apuró razones y cuchufletas para traerme á la percepción de la realidad. Yo le dije: «Quedamos en que tú eres *El Sargentico*. Bien: *El Sargentico*. Sobre eso ya no hay duda. Dime ahora cómo se llama este maldito pueblo donde estoy, pues mi memoria es esta noche como una jaula rota de la que se escapan todos los pájaros.» Al oír el nombre

de Tafalla, repetido tres veces por mi espolique, agarré el vocablo y me lo metí en la casilla más honda de mi cerebro.

«Ya me vuelve poco á poco el sentido—dije incorporándome en el camastro.—Tafalla es esta ciudad, y á ella hemos traído un muerto que se llama... ¡ah, ya me acuerdo!... el General Concha... Y ahora, Fermín, contéstame á otra pregunta. Pero has de prometerme, por la salvación de tu alma, decirme la verdad. Vamos á ver, ¿no crees tú como yo que estamos en una casa encantada?...

—Como encantada por achaque de brujería ó maleficio, no lo creo, señor—replicó mi espolique.—Ahora, si achacamos á encantamiento el golpe de gente, el rebullicio, el entrar y salir de oficiales, curas, mujeres de toda laya... con perdón... todos pidiendo de comer, comiendo el que puede, éstos borrachos por el mosto, aquéllos por el meneo de los naipes... si es así, la casa de Irucheta está dada, como quien dice, á todos los demonios.»

Con la grata conversación de *El Sargentico*, mi ánimo iba entrando en su normalidad. Sentí sueño, me metí en la cama, y cuando mi espolique quiso retirarse le ordené que se quedase á dormir en mi cuarto. Yo tenía miedo de que se repitieran las morbosas aberraciones que me atormentaron antes de media noche. En un sofá de enea arregló lindamente su cama mi escudero con dos mantas y un maletín que con virtió en almohada. Dormí algunos ratos. En mis instantes de desvelo agra-

dábame oír á los serenos cantando las horas.

La del alba sería cuando hirió mis oídos una música dulcísima, un coro armónicamente concertado con voces agudas y graves, tan hermosas por su timbre como por su cabal afinación, música deliciosa, solemne y mística, que á mi parecer pasaba por la calle cual bandada de angélicos cantores que al término de la noche se retiraban de la Tierra al Cielo. Embelesado por aquel divino cántico, en cuyas vocalizaciones distinguí el nombre y alabanzas de la Virgen María, me incorporé en el lecho y afiné mi oído para que no se me escapase ni un acento de tan incomparable salmodia.

«¿Qué es esto que oigo?—pregunté á Fermín, notando que remuzgaba desperezándose.

—Señor—me contestó al momento.—¿No sabe que estamos en la tierra de los cantores? Todo navarro nace músico antes que carlista. Eso que oye es *el alba*, como decimos por acá, un canticio *mucho precioso* que los serenos echan al retirarse, alabando á la Virgen Santísima. Sereno hay aquí que cuando suelta la *melódia* da quince y raya á los tiples de las iglesias... ¡Ay, señor, si hubiera usted oído á un chico del Roncal que vino á Pamplona poco tiempo ha!... ¡Aquello sí que era voz! Por gracia cantó algunas mañanas con los serenos, y los vecinos salían en paños menores á los balcones para oírle más á gusto. Voz de tenor tan fina y bien timbrada diz que no se ha oído jamás, como no sea en los coros que festejan al Padre Eterno. Por toda

Navarra se corre que han venido unos maestros de Madrid para llevarle á cantar óperas en el Teatro Real.»

Ya entraba la luz solar en la habitación cuando dije á mi espolique: «Mientras yo me levanto vete callandito á la cocina, manda que me aderecen la riquísima esencia de castañas que aquí llaman café, y me la traes con abundante leche bien caliente para desayunarme. Para ti pides el chorizo y panazo que te gusta. En cuantico que metamos ese lastre en el cuerpo recogemos nuestros bártulos, bajamos de puntillas sin que nadie nos vea, pagamos la cuenta, ensillamos el jaco y salimos pitando de esta condenada Tafalla.»

Largo rato empleó *El Sargentico* en dar cumplimiento á mi encargo, y cuando me ponía delante el cocimiento de achicorias y la leche aguada, me dijo tranquilamente: «Bueno, señor: nos escapamos de tapadillo sin que nadie nos vea. Muy bien. Y ahora le pregunto yo: ¿á dónde vamos?»

La pregunta del viejo navarro me dejó suspenso. ¿A dónde iríamos? El problema era grave. Hallábame perplejo y atontado, discurrendo á qué punto del globo terrestre debíamos encaminar nuestros pasos, cuando un súbito estremecimiento como sacudida de terremoto me hizo saltar en la silla. Mas no fué temblor del suelo propiamente sino dos tremendos golpes en la puerta, los cuales, por la dureza de la percusión, debieron ser dados con nudillos de piedra. «¡Ay!—grité.—

No abrás, *Sargentico*... Sí, sí; abre, que si no, puede que nos derriben la puerta.»

Franqueada la estancia vi en el umbral una mujer de espigada estatura, vestida de luengos paños negros que caían hasta sus pies con pliegues estatuarios. La blancura de su rostro era blancura de alabastro, y su voz, como articulada por una boca de piedra, heló mi sangre cuando me dijo: «La señora doña Silvestra y el padre Capellán han ido á la iglesia de Santa María y San Pedro. Allí está también la soberana Madre. De su parte vengo á decir al señor don Tito, que le espera sin demora en aquel lugar: *Clio* necesita dar órdenes á su gentil muñeco.»

Al decir la última palabra se apartó para darme paso. Yo alargué mi mano y toqué la suya: era de mármol... Temblé de frío y de pavora... Miré al *Sargentico* y vi que se santiguaba... «No temas—le dije tratando de sobreponerme á la turbación.—La Señora que me llama es mi Madre, es también la tuya, porque tú, Fermín, antes de estar á mi servicio y desde que estás en él, si no has escrito la Historia la has hecho. Todos hemos sido y somos modeladores de la vida de los pueblos.»

Salimos, apoyado el uno en el otro, pues ambos flaqueábamos de las piernas... En la calle, cuando dije á Fermín que me guiara á la iglesia de Santa María y San Pedro, me sentí otra vez navegante en el piélago de las cosas suprasensibles. «Mejor—pensé avivando el paso.—Bien venido sea el mundo qui-

mérico. Bendita sea la sinrazón que es casi siempre el molde de la razón.»

Lo primero que vi al entrar en la iglesia y llegarnos á una de las capillas, fué un delicioso absurdo que en pocas palabras refiero. ¡Ido del Sagrario estaba acabando de decir misa, con casulla encarnada! Al pronto dudé. Pero cuando se volvió de cara á los fieles para decir el *ite, misa est*, reconocí sus inequívocas facciones. Al retirarse el oficiante hacia la sacristía, calado el bonete y llevando en sus manos el sagrado cáliz, no pude reprimir las ganas de soltarle una chirigota. «Vaya, don José—le dije,—que sea enhorabuena: esto es mejor que ir á la compra.»

Vi á *Chilivistra* surgir de un grupo de mujeres arrodilladas, y cuando iba hacia ella, una mano blanda me tocó en el brazo. Era la Madre, que me dijo con acento jovial: «Ven aquí, perdulario; ahora no te me escapas. Salgamos al pórtico y hablaremos.» Se me presentaba *Mariclio* en la forma más humana, ajustada estrictamente al tipo de señora principal, como tantas otras que vemos en el mundo físico. No advertí en ella ni el menor asomo de figura olímpica ni de fantástica evocación pagana. Su rostro y porte eran los de una matrona hermosa, aunque algo madura. Llevaba un trajecito de merino y su mantilla negra; en la mano el libro de Jenofonte, *Agésilao*, impreso en griego, que yo pude hojear cuando *Clio* me visitó en la fonda de Cartagena.

Al salir al pórtico me llevó la Madre á uno

de los poyos más distantes de la puerta, donde charlamos tranquilamente en el lenguaje más opuesto al que suelen usar las almas del otro mundo. «Esta vez, como siempre—me dijo,—has de cumplir fielmente mis órdenes. Forzoso es seguir los pasos de una guerra, que juzgo hermanando dos calificativos tan distintos y antitéticos como lo son los de *infantil* y *sangrienta*. Creyérase, mi querido Tito, que estos niños grandes se matan por el gusto de la destrucción, y que el fin sin fin de las batallas, encuentros y emboscadas, no es otro que disminuir la población hispana. Vuestros políticos y vuestros guerreros estiman como un mal el crecimiento de la raza. Hay que matar, matar sin tregua para que se acorte el número de los españoles que viven y comen... Has visto, en sus diferentes fases, la guerra en el Norte. Conviene que la veas en el reino de Valencia y términos fronterizos de Castilla. Vete, pues, yo te lo mando, en compañía del buen Capellán padre Carapucheta y de la desdichada señora á quien sus conterráneos dan el gracioso nombre de *Chilivistra*.»

Como yo, sin oponerme á sus mandatos, indicara que las genialidades de Silvestra me amargaban la vida, la excelsa matrona rebatió mis escrúpulos con estas sesudas razones: «Has de persuadirte, hijo mío, de que en el carácter borrascoso y tornadizo de tu *Chilivistra* tienes un perfecto símbolo de la vida española en el aspecto político, y estoy por decir que en el militar. Tan pronto es ca-

riñosa y tierna como altiva y marimandona. El amor la dulcifica hoy, y mañana la endurece el orgullo. Inventa con lozana imaginación fábulas absurdas y acaba por creerlas. Se finge deshonesto sin fundamento real de sus mentirosos pecados. En ella habrás observado que al fuego del sentimentalismo sustituye rápidamente el hielo de los negocios menudos, todo ello sin criterio fijo, sin noción alguna de la realidad. En su desconcertada cabeza es un mito el Administrador de Rentas de Vitoria; mito es también ese marido errante, y por fin, personaje de leyenda es el hijo que busca.»

Asombrado escuché el admirable juicio que en cortas razones hizo *Clio* de la histórica dama, y acabó de maravillarme con esta discreta síntesis: «Fíjate bien, hijo mío, y verás que con el sistema puramente *Chilivistril*, y conforme al voluble proceso mental de tu amiga, gobiernan á España las manadas de hombres que alternan en las poltronas ó butacas del Estado, ahora con este nombre, ahora con el otro. También ellos invocan el sentimentalismo patriótico cuando les conviene, ó se entregan á los espasmos del despotismo cuando no hallan salida por la vía patriótica, ó sea la vía liberal. También ellos inventan historias para domar las fieras oleadas de la opinión y acaban por creer lo que engendró su propia fantasía. Tus gobernantes son creadores de mitos, y mostrándolos al pueblo andan á ciegas sin saber lo que quieren ni á dónde van... Resignate, pues, á lle-

var contigo este emblema de la vida nacional en la cristalización que llamamos política militante. *Chilivistra* será para ti lección viva, que hora tras hora te mostrará los capitales defectos de tu patria, para que aprendas á precaverte contra ellos con la mira de que algún día seas llamado á gobernar la Nación.»

El talento de la Madre, con ser divino y de tan extraordinarias luces adornado, no acabó de llevarme al convencimiento. Pero, sin dejar salir de mis labios la menor objeción, declaré que obedecería ciegamente sus mandatos. Donosa y risueña me dijo la Señora que en todo tiempo no me inspiraría conducta y acciones que no fueran para mi provecho, y con dulzura materna me encareció que desechase toda sensación de miedo cuando ella creyese necesario llamarme á su presencia. Respondíle que la noche anterior me había sobrecogido el verme de improviso y sin preparación alguna frente á tan excelsa divinidad, y que asimismo me turbé horribilmente aquella mañana cuando recibí sus órdenes por la mensajera más clásica y más helénica que vi en mi vida: una estatua de mármol. «¡Pero, hijo del alma—exclamó la celeste Musa, soltando una deliciosa risa que también me pareció helénica,—si el recado para que vinieras aquí te lo mandé con la criada de la fonda!»

En esto, llegaron al pórtico *Silvestra* y el enigmático sujeto en quien se fundían las dos personalidades del cura *Carapucheta* y

del filósofo simple Ido del Sagrario. Reunidos los cuatro, *Maricello* se mostró impaciente y nos incitó á partir sin demora. En mis manos puso una carterita que contenía, según me dijo, cuanto dinero pudiera yo necesitar para un largo viaje. Antes de que preguntase á dónde íbamos, afirmó que *Chilivistra* y el señor Capellán marcarían nuestro derrotero. Preparado tenía un buen coche con cuatro poderosos caballos, que podríamos dejar cuando se nos presentase coyuntura de recorrer largos trayectos en ferrocarril.

Antes de emprender tan aventurada correría, no debía yo olvidar á mi buen espolique Fermin, ni al espejo de las cabalgaduras, el gallardo y sufrido *Babieca*. Pero la Madre, que todo lo había prevenido, declaró que á su cuidado quedaban *El Sargentico* y mi corcel, agregando que ella guardaría y conservaría con toda solicitud al hombre y al bruto, para que yo los recobrase en el punto y hora en que tan dulces prendas me fueran necesarias. Llamé al escudero fiel, que á corta distancia nos oía, y con pocas palabras le enteré del acuerdo. Quedó muy complacido de servir, por plazo más ó menos largo, á la más alta Señora que en estos reinos existe.

En fin, lectores de mi alma, que no sé si llamar severos ó socarrones, sabed que me llevaron á donde esperaba el coche, que en él metieron los equipajes de los tres viajeros, que por un callejón cercano vi que se retiraba *Maricello* entre dos estatuas de

mármol vestidas con negras y ajustadas túnicas, que al *Sargentico* se le humedecieron los ojos al despedirme, y que á mis oídos llegó lastimero relincho de mi *Babieca*, encerrado en una cuadra próxima. ¡Adelante con la Fábula, adelante con la Historia! El coche partió á escape por la margen del río Cidacos. ¡Arre, caballitos, arre hacia lo desconocido, hacia las alturas, hacia los abismos, hacia el ensueño!...

XXII

Como mi pobre cabeza tardó horas y horas en recobrase de aquel vértigo, no me es fácil determinar el lugar y momento en que cambiamos el coche por el ferrocarril. Si recuerdo que al anoecer íbamos en un tren mixto, de cuya dirección no pude enterarme hasta que Silvestra dijo que estábamos cerca de Las Casetas. Poco antes de esto, tras penosa lucha entre mi razón y mi fantasía, llegué al convencimiento de que no llevaba traje sacerdotal aquel don José, que en boca de Silvestra era el padre Carapucheta y en la mía el señor Ido del Sagrario.

En la estación que empalma la línea de Castejón con la de Madrid á Zaragoza, bajamos á restaurar nuestras fuerzas con el comestible que dan en las fondas ferroviarias, y entre una sopa aguanosa y un pollo más

duro que la pata de un santo deliberamos sobre la ruta que nos convenía seguir. Opinó *Chilivistra* que debíamos continuar en tren hasta Calatayud, y de allí internarnos por Daroca hacia la provincia de Teruel. El don José, cuya delgadez era ya transparente, sostuvo la conveniencia de llegarnos por el ferrocarril hasta Guadalajara, donde él tenía que tomar lenguas acerca del asunto que á tales trotes le llevaba. Yo, Proteo Liviano, mensajero de los Dioses, envolviéndome en una serenidad majestuosa les dije que mi opinión era no tener ninguna, y que me dejaría llevar á donde la dama gordita y el caballero flaco determinasen, ora fuese á las delicias del Paraíso Terrenal, ora fuese al mismísimo Infierno.

De la deliberación de mis dos compañeros de viaje resultó que haríamos una paradita en Calatayud. Paradita fué que en la ciudad aragonesa que los antiguos llamaron *Bilbilis*, patria del poeta latino Marcial, estuvimos tres días. Ello sucedió porque nos metimos en una fonda con ánimo de pasar la noche, y apenas vióse Silvestra bajo techo se puso tierna, indolente, mimosa, aquejada de esa insana languidez que sólo se cura con los melindres afectivos. Estábamos en la faceta de los arrumacos pasionales. Ya vendría la contraria. ¡Dios!

Respondí á los arrullos de mi amiga por mantener la paz en nuestra errante comunidad; yo no tenía prisa en cerrar aquel paréntesis de descanso, ni el bueno de don José

mostrábase impaciente: pasaba todo el día recorriendo calles y visitando conventos... Al tercer día de nuestra parada le cogí á solas en su estancia y así le dije: «Ya mi cabeza está despejada y no le vale á usted su disfraz de capellán ni toda esa monserga que se trae. Usted es mi patrón, el gran filósofo Ido del Sagrario, sujeto que con ninguna otra criatura humana puede confundirse.

—Sí, señor: soy el que Vucencia dice y no puedo ser otro—me contestó Ido un tanto lacrimoso.—Pero, *francamente, naturalmente*, ¿qué he de hacer yo si esa doña Silvestra se ha empeñado en que soy el padre Capellán don José Carapucheta?... Veréis, Ilustrísimo Señor: fui á Vitoria buscándole las vueltas á la pobre hija que me robaron, y me encontré á *doña Chilivistra*. Esta señora... ya sabe usted que está loca perdida... me metió en el enredo de vestirme de cura para poder penetrar con seguridad en el riñón de Navarra... En el riñón entramos y del riñón salimos. Luego se nos apareció esa *madama Clio*, sabedora de todo lo que ha pasado en el mundo y de lo que ha de pasar, y gracias á la supradicha *madama*, que mil años viva, me veo junto *al hombre del gran poder*, quien seguramente me llevará á donde encuentre lo que busco.

—Sí, sí, no tenga usted duda: rescataremos á Rosita—dije yo pavoneándome al recobrar mi papel de consolador de todos los afligidos.

—Pues bien, Ilustrísimo Señor. Si ahora

vamos Vucencia y yo á doña *Chilivistrilla*, y le decimos que yo no soy el padre Carapucheta sino el marido de Nicanora, verá Vucencia cómo le tiembla el labio y nos pega á los dos.

—No le diremos nada; descuide don José. Y si para mantenerla en su engaño fuese menester que dijera usted misa en cualquiera de los pueblos por donde hemos de pasar, la dice usted, yo le ayudo, ella la oye, y *pac Christi*.

—*Amén...* Ahora hablemos de otra cosa. Si esa señora se obstina en ir al Maestrazgo, no cuenten conmigo. He pasado estos días enterándome de las cosas de la guerra, y sé que toda esa parte de Teruel y Albarracín es un volcán. *Francamente, naturalmente*, no he venido yo al mundo para que me fusile un Cucala, un Bonet, ú otro de esos bárbaros matarifes.

—Estamos conformes. ¿A dónde quiere usted que vayamos?

—A donde dije en la estación de Las Casetas. A Guadalajara, Ilustrísimo Señor.

—Pues allá iremos. Yo convenceré á doña Silvestra.»

Al día siguiente habríamos llegado á la ciudad que goza fama de ser el emporio de los bizcochos borrachos, si á mi Silvestra no se le hubiera metido en la chola hacer otra paradita en Alhama. Seguía la racha voluptuosa. Ya me iba yo cansando de paraditas, mimos y empalagos de sentimentalismo dulzón. Y gracias que en todas las estaciones

siguientes no propuso más que otras dos paradas, una en Medinaceli para ver el sepulcro de Almanzor, otra en Sigüenza porque había hecho promesa de ofrecer sus pias devociones á la gloriosa mártir Santa Librada... Con estas lentitudes, ya corrían los primeros días del mes de Julio cuando entramos en la capital de la Alcarria.

Apenas instalados en la posada de donde parten las diligencias para Brihuega y Pastrana, olvidó *Chilivistra* su terca obstinación de visitar el Maestrazgo, país entonces erizado de peligros que en su magín enfermo se revestían de formas románticas. Ilusionada por nuevas ideas imaginó que sería muy divertido dar un vistazo al país donde se cría la exquisita miel y á los verdes oteros poblados de aromáticas hierbas... A todas éstas, el pobre Ido andaba desatinado por la población, donde no le faltaban amistades y conocimientos. Dijome una tarde que había tenido noticias desconsoladoras; mas para confirmarlas era preciso que fuéramos á Huete.

A *Chilivistra* no le pareció bien abandonar la región melífera. Antojósele además tomar las aguas de La Isabela, en Sacedón, que según decían eran excelentes para conservar la tersura del cutis. En estas disputas acerca del punto á donde debíamos ir pasaron dos días más. Por fin determiné yo alquilar un buen coche para irnos por el camino de Pastrana hacia la provincia de Cuenca, después de asegurar á Silvestra que cuando despachásemos un asunto particular del señor Capellán.

la llevaríamos á zambullirse en las aguas de La Isabela.

De mala gana emprendió la vizcaína el viaje, y por el camino nos daba la tabarra volviendo su enojo contra el padre Carapucheta, de quien decía que iba siempre huroneando los conventos de monjas, con las cuales á hurtadillas se refocilaba. Oía con resignada humildad estas cosas el bueno de Ido, cuya inquietud y zozobra se mostraban en lo escualido del rostro y en el crecimiento de la nuez.

Rodando por desiguales caminos llegamos á Huete avanzada la mañana de un luminoso día de Julio, y don José, apenas nos quitamos el polvo en el parador de *Santa Clara*, encaminóse al monasterio del mismo nombre, situado á corta distancia de nuestro alojamiento. Más de dos horas permaneció el manso filósofo en la casa monjil, conferenciando con una tal Sor Inés de la Transverberación, prima carnal de Nicanora.

En el largo tiempo que pasamos esperando á Ido, noté que á *Chilivistra* le temblaba el labio. Ya venía la racha de la impertinencia borrascosa. «Bonito papel estamos haciendo—me dijo—tapándole los vicios á este capellán que parece una mosquita muerta y es un tenorio de monjas. Opino que debemos dejarle aquí, marchándonos nosotros hacia La Isabela, donde encontraré el remedio para estos granitos que me han salido en las piernas. Míralos, Tito, y te convencerás de que me son precisas aquellas aguas, que instaló

Fernando VII para pulimentar la epidermis de su segunda mujer, la Reina doña Isabel de Braganza.»

Hice cuanto pude para contener y amansar á Silvestra con blandas razones. Llegó por fin el buen Ido, consternado, y llevándome aparte discretamente me dijo: «Ilustrísimo Señor; ya sé á ciencia cierta que mi adorada Rosita está en Cuenca, en una casa de esas que llaman... con perdón... mancebías públicas, y yo llamo templos del escándalo.

—Pues vámonos allá, don José—repuse yo,—y salvaremos de la infamia á esa sacerdotisa de Venus.»

No necesito decir los artificios amorosos que puse en juego, halagos que prodigué y patrañas que discurrí, para convencer á *Chilivistra* de que debíamos ir á Cuenca. Con todo, momentos hubo, á poco de arrancar el coche, en que don José y yo estuvimos á dos dedos de ser abofeteados por el basilisco; poco faltó para que sus blancas y afiladas uñas se clavaran en mi rostro. La lucha duró hasta que el sueño y la fatiga rindieron á la fierecilla, andados ya dos tercios del camino. Nocturno fué aquel viaje y fecundo en molestias de todo género. Ya era más de media noche cuando entramos en Cuenca. Nuestros pobres huesos y nuestros desmayados espíritus tuvieron descanso en la mejor fonda de la Carretería, parte llana de la ciudad.

Al siguiente día, 12 de Julio, fecha que no se me olvidará mientras viva, el molimiento

de nuestros cuerpos nos retuvo *en las ociosas lanas* más tiempo de lo que acostumbrábamos. Levantóse Silvestra de mal talante, que manifestaba con agrias y descomedidas voces, y agarrando sus libros de rezos y su rosario requirió mi compañía para ir inmediatamente á la Catedral, pues quería prosternarse ante el sepulcro del bendito San Julián, Obispo de Cuenca.

Salimos los tres y nos dirigimos por la Carretería hasta una vetusta puente sobre el río llamado Huécar, la cual une la ciudad vieja con los arrabales. Como poseo un gran sentido topográfico, andando me enteraba de la estructura de aquella ciudad celtíbera, visigoda, arábica ó no sé qué, asentada en varios montículos rocosos. El conjunto del viejo caserío escalonado en diferentes anfiteatros, donde al parecer los cimientos de unas casas pisaban las techumbres de las otras, era de lo más pintoresco que yo había visto en mi vida. Pasado el puente entramos en una calle que, según me dijo Ido, se nombraba *de Las Cocheras*. Allí nos separamos; el filósofo torció á la derecha en busca de las casas públicas y pecaminosas, donde creía encontrar á su desdichada hija. *Chilivistra* y yo, por la empinada y tortuosa ruta que nos señaló don José, subimos hasta la Catedral.

Aquel día estaba mi basilisco en la plenitud de sus vesánicas impertinencias. Por la menor cosa reñíamos. Si tropezaba yo en un pedrusco (y hay que ver, señores, lo que eran aquellos empedrados, los partidos losetones.

y los peldaños puntiagudos), se ponía furiosa y me increpaba de esta manera: «Hoy estás cargantisimo. No se puede ir contigo á ninguna parte... Claro, ¡como no te dejo ir con el bigardo del Capellán Carapucheta á jugar con las monjitas!... A mí no me toques, no me des la mano, que yo sola sé andar muy bien. No tengo las piernas de trapo como tú.»

El interior de la Catedral me impresionó grandemente por la majestad y elegancia de sus líneas ojivales, diluídas en un doble misterio de silencio y obscuridad. El presbiterio y el ábside me parecieron espléndidos, las verjas magníficas. Silvestra oyó dos ó tres misas en diferentes capillas, y luego estuvo arrodillada largo rato ante el altar de San Julián, un armatoste greco-romano del estilo más antipático y pedantesco. Beatas vejanconas no cesaban de llegarse á los mármoles del sepulcro para besuquearlos y llenarlos de babas. Apenas se apartó del altar mi basilisco para marcharnos, adelantóse á darle agua bendita un hombre de buena estatura, vestido con decorosa modestia, de negra barba, pelo rizado, facciones de varonil belleza y edad como de cuarenta ó cuarenta y cinco años. Al acercarme yo, le oí decir: «¿No me reconoce usted, Silvestra?» Y como ella dudara observándole, él prosiguió: «Soy primo de Delfina Gay, y en su casa nos hemos visto algunas veces, ¿no se acuerda? Mi nombre es Avelino Palomeque.

—¡Ah! ya, ya, Palomeque—dijo Silvestra

agraciándole con su más delicada sonrisa.—
¿Es usted de aquí?

—No, señora; yo nací en Toledo. Pero estoy en Cuenca desde muy niño y en ella tengo mis negocios: dos fábricas de harinas y los molinos de San Antón.»

Salimos los tres. El gahnápiro de Palomeque iba junto á Silvestra, dándole conversación, y á mí ni me saludó ni me hacía caso. Le pagaba yo este desaire con la moneda de mi desprecio. Mirándole bien recordé haberle visto en la casa de Delfina y en la tienda de ataúdes. Era un carlistón rabioso, fanático, muy cerrado de mollera. Al llegar á una calle, que luego supe se llamaba de *Caballeros*, tan pendiente que por ella había que andar á gatas, se paró el cerril carcunda y dijo estas palabras, volviendo su rostro hacia mí como para que yo me enterase bien:

«No pasarán dos días, y casi estoy por decir que no pasará ni uno, sin que entren en Cuenca las tropas del Ejército Real del Centro, mandadas por Sus Altezas los Serenísimos Infantes don Alfonso y doña María de las Nieves. Creo que no ha de hacer resistencia este pueblo donde hay pocos liberales, y esos pocos tontos de remate... Si usted teme el fuego y las balas, póngase en salvo hoy mismo, señora doña Silvestra. Puede usted refugiarse en mi casa, donde estará más segura que en ninguna parte. Soy viudo y vivo con mi madre, mi hermana y una hija mía de catorce años.»

Luego seguimos bajando hasta la plaza de

San Vicente. Palomeque invitó á *Chilivistra* á comer en su casa aquel día, anunciándole que iría á buscarla á la fonda. El basilisco, con no poca sorpresa mía, aceptó diciendo al carcunda que se arreglaría de prisa y corriendo para no faltar á la hora.

Solos otra vez Silvestra y yo, nos dirigimos á la fonda por la puerta que llaman del Postigo. Ibamos á escape, yo silencioso, ella punzándome con sus acres intemperancias. «Aprende, tonto—me dijo.—Ese caballero sí que es fino y galante. Tú, en cambio, eres un avefría y no sabes tratar con damas.» Poco después de las doce llegó Palomeque á nuestro alojamiento. Silvestra, bien apañadita de ropa y pergeñada de lindos accesorios, sin omitir ninguno de los retoques de su bella faz, se fué con él, dejándome en una soledad deliciosa.

Como Ido no había vuelto de sus diligencias, me lancé solo por las calles de la ciudad baja, después de comer. Por un momento se me ocurrió volver á la Catedral para pedirle á San Julián que me concediera el inmenso favor de librarme para siempre de la fémica mortificante y tornadiza. Pero me detuvo el extraordinario movimiento que notaba en las calles: iban y venían hombres y mujeres en actitud de recelo y alarma. Acerquéme á un grupo y no tardé en conocer la causa de tal agitación. Del pueblo de La Cierva, distante unas cuatro leguas de Cuenca, había llegado una mujer con la noticia de que allí y en Pajarón estaban los carlistas: la